

DESDE **8** AÑOS

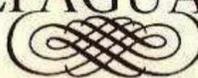
De carta en carta

Ana María Machado

Ilustraciones de Juan Ramón Alonso

a b c José es el abuelo de Pepe. Ninguno de los dos sabe leer ni escribir. Aunque es pequeño, Pepe ya debería haber aprendido a hacerlo; pero es que normalmente no va a la escuela, prefiere quedarse en casa ayudando a su abuelo. Un día se enfadan, dejan de hablarse y deciden contarse por carta lo enojados que están.

¿Quién les escribirá esas cartas?

ALFAGUARA

JUVENIL

ALFAGUARA

Ana María Machado De carta en carta

ALFAGUARA INFANTIL

De carta en carta

Ana María Machado

Ilustraciones de Juan Ramón Alonso



ALFAGUARA



ALFAGUARA

Título original: *De carta em carta*

© 2003, Ana María Machado

© De las ilustraciones: Juan Ramón Alonso

© De la traducción: Atalaire

© De esta edición:

2005, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.

Dr. Aníbal Arizta 1444, Providencia

Santiago de Chile

- Grupo Santillana de Ediciones S.A.
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.
Avda. Universidad, 767. Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones
Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- Santillana S.A.
Avda. San Felipe 731, Jesús María 11, Lima, Perú.
- Ediciones Santillana S.A.
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- Santillana S.A.
C/ Río de Janeiro, 1218 esquina Frutos pane Asunción, Paraguay.
- Santillana de Ediciones S.A.
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez
y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.

ISBN: 956-239-369-0

Primera edición en Chile: abril de 2005

Impreso en Chile

Diseño de la colección:

Manuel Estrada

Editora:

Marta Higuera Díez

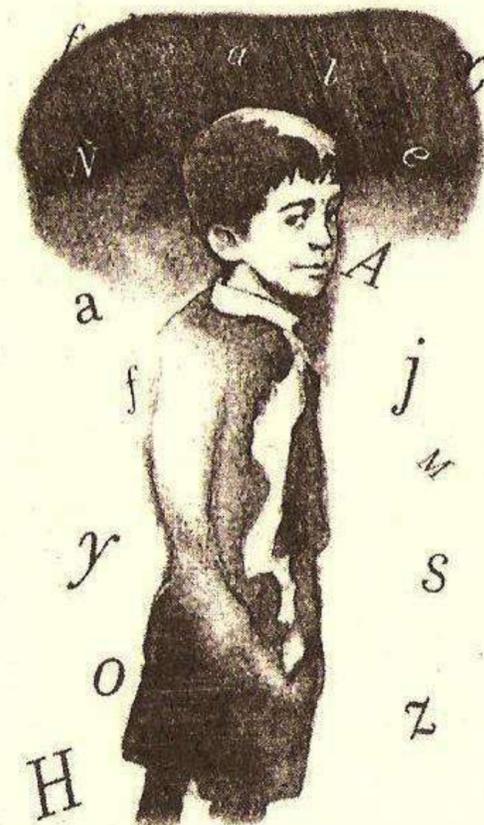
Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

De carta en carta

Ana María Machado

Ilustraciones de Juan Ramón Alonso



ALFAGUARA

bc

k...

fo

efghij

a

e

Érase una vez un niño pequeño que vivía en una ciudad pequeña. Me parece que no fue hace mucho tiempo. Ni muy lejos de aquí. Y que el niño, en realidad, no era tan pequeño. Pero aún no sabía leer ni escribir; como le pasaba a mucha gente en aquella ciudad, incluso a personas mucho mayores y más viejas que él.

La ciudad era antigua y se encontraba a la orilla del mar. Tenía calles estrechas, bonitas iglesias y plazuelas.

Guardaba recuerdos de otros tiempos más ricos. Conservaba unas murallas que ya no servían para nada, pero que antiguamente se habían usado para defender la ciudad del ataque de los piratas. Tenía casas de dos pisos, con jardines en patios interiores, y terrazas con macetas llenas de flores.

Y en algunos lugares, aquellas terrazas del segundo piso eran grandes y estaban sobre unos arcos que se apoyaban en las aceras, formando pórticos alrededor de las plazas y paseos.



Una de esas plazas era la plaza de los Escribidores.

Allí, debajo de las arcadas, se podían ver los bancos donde trabajaban unos hombres que se dedicaban a escribir todas las cosas importantes que las personas de aquella ciudad necesitaban escribir y no sabían: cartas, mensajes, documentos.

Algunos de aquellos escribidores apoyaban la máquina de escribir encima de mesas pequeñas, escritorios o incluso cajones.

Otros, que estaban empezando en la profesión, escribían a mano y cobraban más barato.

Pero todos pasaban el día allí, sentados alrededor de la plaza, conversando y esperando encargos.

Ésta es la historia de dos clientes de los escribidores. Un niño llamado Pepe y su abuelo José.

Pepe y José vivían en la misma casa, con el resto de la familia: cuatro niños más y los padres del niño. La madre, Teresa, era hija del abuelo José.

Todos los días, muy temprano, el padre y la madre salían a trabajar. Los hermanos mayores iban a la escuela y Pepe se quedaba con el abuelo. Ya tenía edad para ir al colegio, pero no quería. Prefería quedarse jugando, además decía que tenía que hacer compañía al abuelo, y los padres acababan por dejarlo.

El señor José había sido un excelente jardinero. Ahora estaba cansado, aunque todavía hacía pequeños trabajos en las casas de la vecindad.

Muchas veces José se llevaba a su nieto con él, como ayudante.

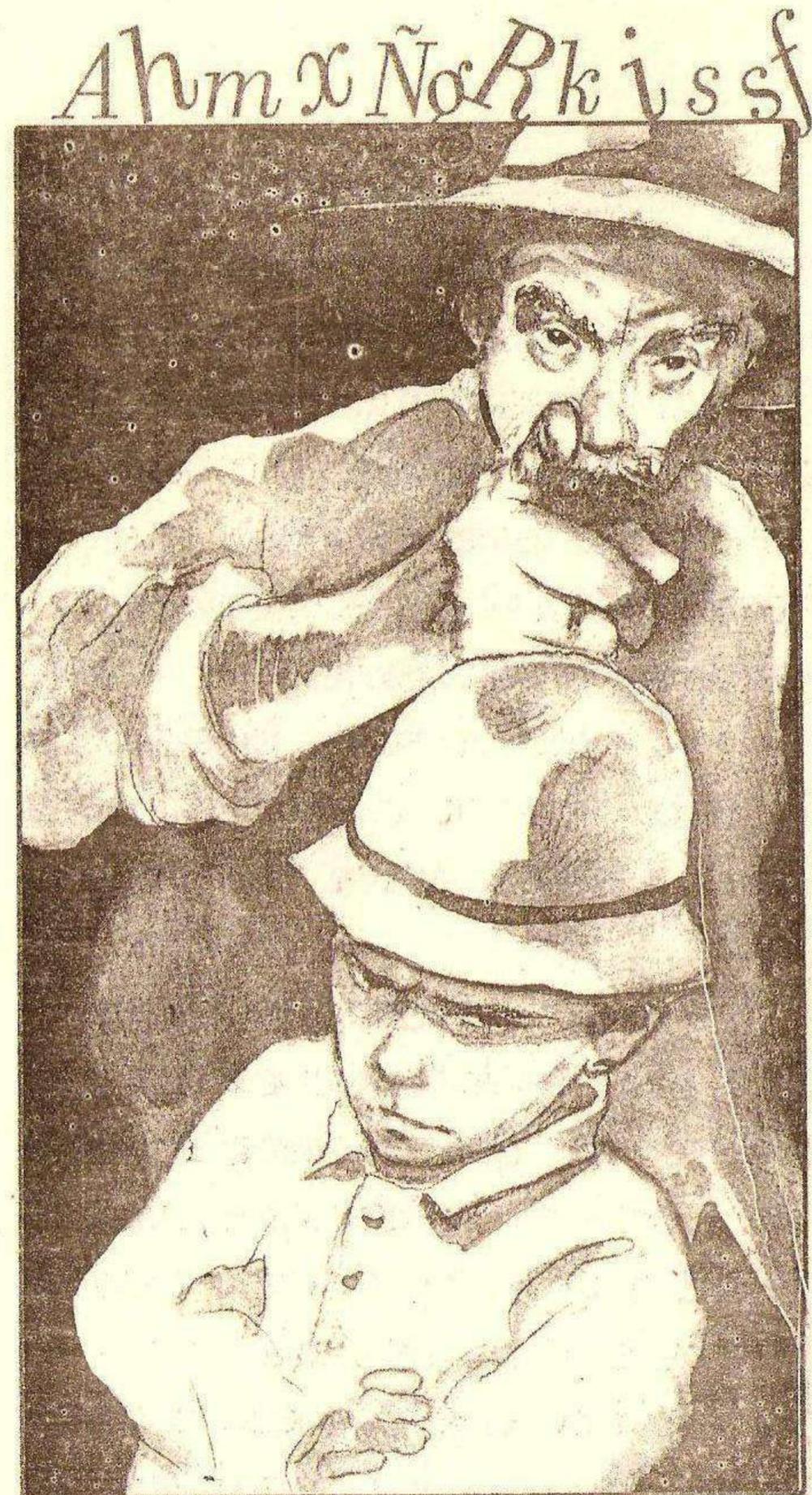
Los dos se llevaban muy bien, aunque reñían bastante. Eran muy parecidos, tercos y provocadores.

Discutían por cualquier cosa:

—Escarda ese jardín. Con mimo, ¿eh...? No dejes ni una mala hierba...

—Ay, abuelo, no me apetece. Por qué no hacemos esto, verás, tú quitas las malas hierbas y yo riego.

—Nada de eso. Lo vas a encharcar todo. Tú siempre echas demasiada agua, ahogas las plantas...



—Y tú siempre llevas la regadera medio vacía, porque no puedes cargar con el peso. Las plantas se van a acabar muriendo de sed, ¿no lo ves? Deja que yo lo haga.

—¿Me estás diciendo que no tengo fuerzas? ¿Que estoy viejo y ya no sirvo para nada?

—Es que no tienes fuerzas... Sólo estoy diciendo la verdad... No te vayas a enfadar ahora por una tontería.

—Eres un malcriado, eso es lo que pasa. Se lo voy a contar a tu padre. Para que te castigue, vas a ver. Como no te disculpes, cuando llegue, ja, ja, le voy a contar todo lo que haces durante el día.

El niño no quería que lo castigaran. Pero no iba a disculparse.

Se quedó callado, conteniendo la rabia. El abuelo seguía rezongando:

—Todos los días lo mismo. No tienes ningún respeto. Nunca he visto que un niño de tu edad diga esas cosas a un viejo. En mis tiempos esto no pasaba... Eres un maleducado. Como me vuelvas a decir algo así, vas a ver...

Furioso, Pepe salió de casa. Dio un portazo, pero no se sintió mejor. Si no quería que lo castigaran, no podía contestar al abuelo, aunque ganas no le faltaban. Si supiera... le diría cuatro cosas, pero sin hablar. Le escribiría al viejo una carta bien descarada. Pero no sabía escribir. Y tampoco tenía ganas de ir a la escuela para aprender.

Comenzó a andar por la calle, insultó por lo bajo, dio una patada a una lata vacía que estaba en el suelo, pero la rabia no se le pasó. Siguió caminando, hasta que llegó a la plaza de los Escribidores. Y tuvo una idea.

Se acercó a uno de los hombres que esperaba clientes delante de su mesa y le preguntó:

—Buenos días, señor Miguel. ¿Cuánto cuesta escribir una carta?

—Bueno, depende del tamaño... —respondió el hombre—. ¿Pero para quién es?

—Para mí mismo. Bueno..., es para mandársela a alguien, pero quiero escribirla yo.

—¿Y por qué no lo haces?

—Todavía no he aprendido.

El señor Miguel se quedó mirando a Pepe. Pensó que era muy triste que un niño de su edad no supiera escribir. Los mayores ya no podían aprender, a sus años era muy difícil para ellos, y cuando habían sido niños no todo el mundo en la ciudad podía ir a la escuela. Pero ahora sí era posible. El señor Miguel sabía que así iba a perder los clientes, pero le parecía bueno que los chavales estudiaran. Y le parecía mal que un padre y una madre dejaran faltar a clase a su hijo. Entonces se le ocurrió ponerle una condición y respondió:

—A los niños de tu edad no les cobro nada. Pero tienes que hacer una cosa: debes ir a la escuela un día y venir a contarme cómo es,

porque tengo muchas ganas de saberlo... Ése será el precio.

A Pepe esa condición no le gustó mucho. Pero sólo tenía unas pocas monedas en una caja que había dejado en casa, y no quería gastárselas con el escribidor. Además, quería la carta ya. Así que propuso:

—Es una carta muy cortita. ¿Me la escribe ahora y yo se la pago mañana?

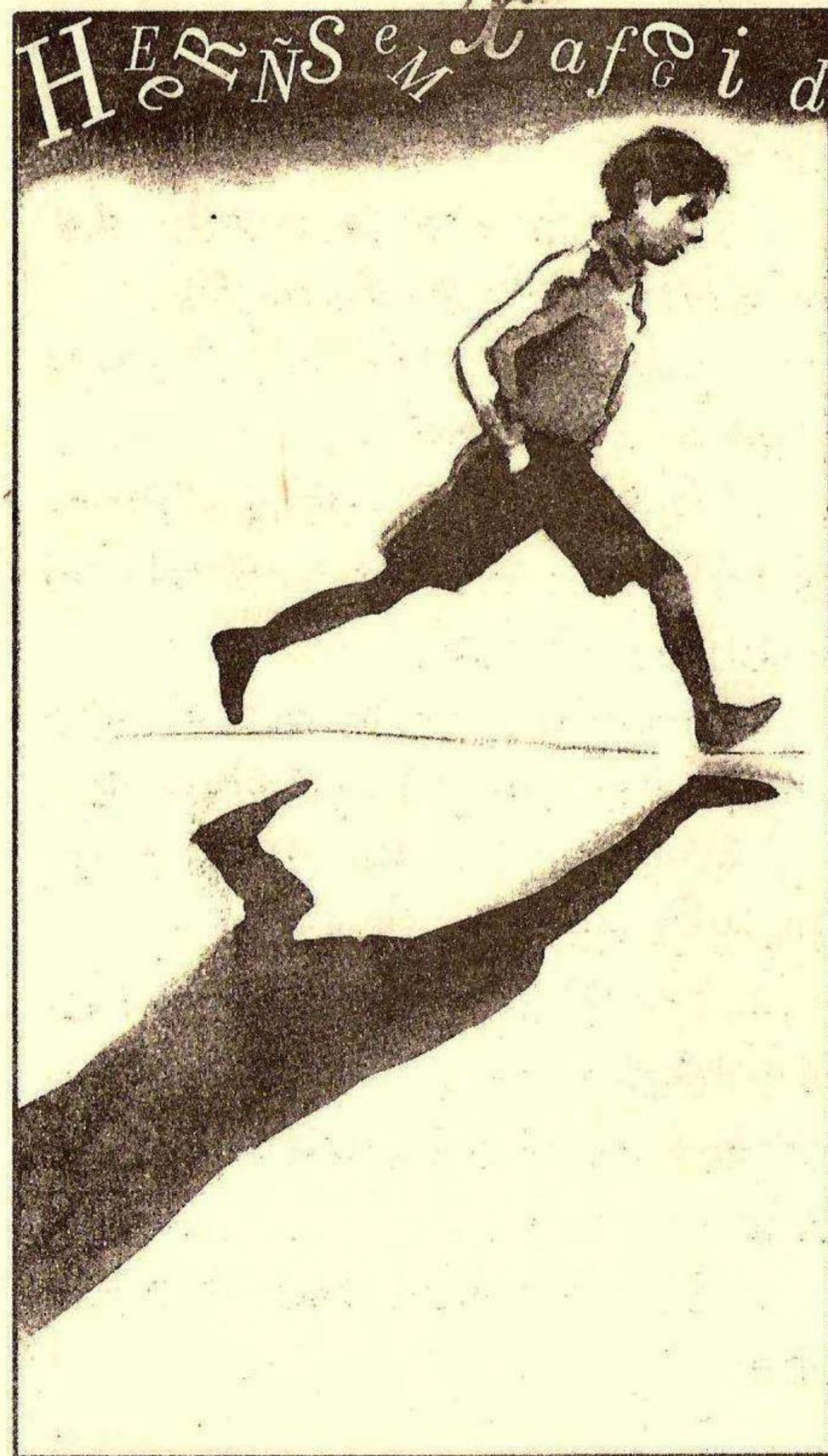
—Claro...

—Entonces escriba esto: «eres un pesado».

El señor Miguel escribió. Y preguntó:

—¿Nada más?

—No, tengo más. Ahora escriba: «¡vete al infierno!».



Él escribió. El niño extendió la mano.

—Ya está, me la puede dar. Voy a entregarla ahora mismo.

—¿No la vas a firmar? ¿Y no la metes en un sobre?

—Ah, eh, me olvidaba... Entonces firme ahí: «Pepe», y métala en un sobre para José.

El hombre hizo lo que el niño le mandaba y le entregó el mensaje, pensando que era para algún amigo. Después se despidieron:

—No olvides tu promesa. Mañana después de la escuela te pasas por aquí, ¿eh? Tienes que contarme cómo te ha ido.

—Sí, me pasaré. No se preocupe.

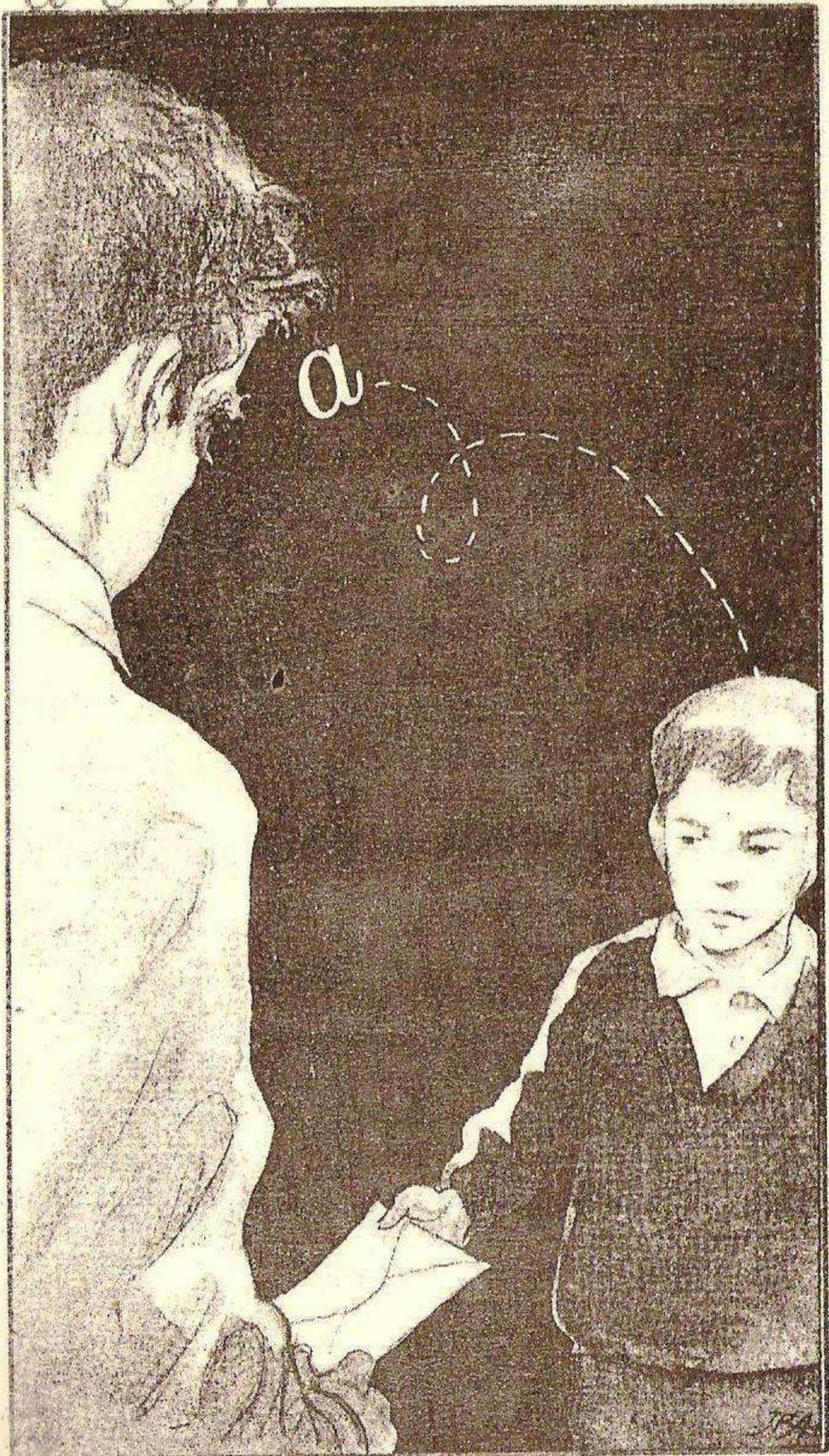
Al día siguiente, muy temprano, cuando la familia iba a desayunar, apareció Pepe vestido con el uniforme y anunció que se iba a la escuela con sus hermanos. Justo antes de salir, entregó un sobre al abuelo.

—Toma. Es una carta para ti.

El señor José la metió en el bolsillo sin leer y se fue al jardín a trabajar. Después de almorzar, se tomó un descanso, fue caminando hasta la plaza y le entregó el sobre al señor Miguel:

—Por favor, he recibido esta carta, pero no sé leer. Me gustaría que me la leyera y que luego me ayudase a responder.

a b c...



El señor Miguel reconoció al instante lo que había escrito. Abrió el sobre y leyó en voz baja:

Eres un pesado... ¡Vete al infierno!

Pepe.

Miró la cara cansada del viejo y decidió que no le iba a decir aquello. En vez de eso, fingió estar leyendo algo parecido. Así, si Pepe por casualidad reclamaba después, él podría decir que se había confundido. Y leyó:

Estás muy cansado... ¡Vete al invierno!

Pepe.

El viejo suspiró y dijo:

—Por favor, espere un poco. Voy a pensar la respuesta.

Se sentó en un banco de la plaza. Al poco rato, volvió y preguntó:

—¿Puedo pagar con flores? No tengo dinero, pero mi jardín está precioso. Usted escribe, yo le traigo unas flores en un jarro con agua, las pone ahí al lado y las va vendiendo... Ganará más dinero de lo que yo pudiera pagarle.

El señor Miguel aceptó.

Entonces el viejo, que ya había recibido algunas cartas a lo largo de su vida y sabía más o menos cómo solían ser, le dictó un mensaje:

Estimado nieto:

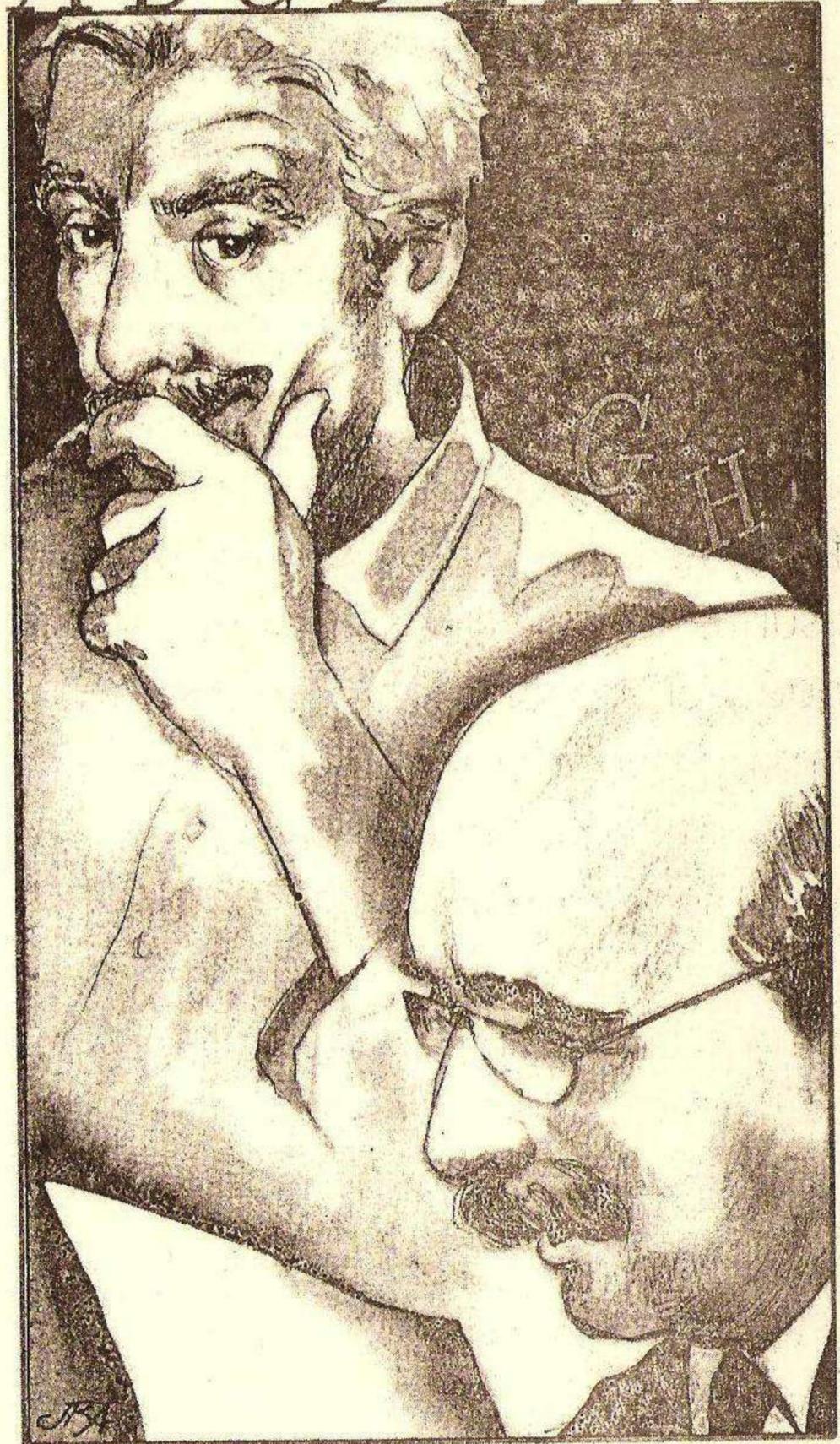
Espero que al recibo de la presente te encuentres bien de salud. Por aquí, todos bien, a Dios gracias. Teresa se quemó con una cazuela la semana pasada y Tónico se tropezó con una piedra, pero no fue nada grave.

Después se rascó la cabeza, pensó un poco, decidió que ya había dado noticias de la salud de la familia y que no necesitaba decir mucho más, porque Pepe vivía en casa y ya sabía todo eso.

Suspiró y continuó:

El que anda muy cansado soy yo, como ya te has dado cuenta, y yo que pensaba que ni te fijabas en mí... Hay veces que me entran ganas de parar, tumbarme y no levantarme nunca más. O, por lo menos, echarme una siestecita en una hamaca después de comer. Pero con este calor eso no me iba a sentar bien tampoco. Si pudiese seguir tu consejo e irme al invierno me iba a venir estupendamente. Pero me parece que todos los inviernos están muy lejos y el viaje cuesta muy caro.

A B C D E F...



De cualquier modo, agradezco que te acuerdes.

Cuando llegó a ese punto, el abuelo dejó de dictar y comentó:

—Me parece que ahora va una de esas cosas que se ponen al final de las cartas y yo no sé, ese asunto de «sírvasse aceptar» no sé qué y el «reconocimiento de mi estima y consideración». Una vez recibí una carta del Gobierno y ponía eso. Me la termina usted.

—No, no hace falta —dijo el señor Miguel—. Basta con que diga «un abrazo de tu abuelo»...

Al señor José no le convenció:

—No, no, de eso nada. Quiero hacer las cosas como es debido.

El niño tiene que aprender y educarse, ¿sabe?

Se lo pensó mejor. Recordó algunas cosas y prosiguió:

—Ponga ahí también: «Eres un atrevido y un malcriado, pero... atentamente, tu abuelo».

El señor Miguel creyó que el niño merecía oír aquello.

Escribió exactamente lo que el viejo le iba dictando. Después dobló el papel, lo metió en el sobre y se lo dio al señor José, que se marchó. Justo a tiempo, porque Pepe aparecía ya por el otro lado de la plaza.

Traía un aguacate maduro en la mano, se lo ofreció y le explicó:

—He venido a cumplir mi promesa y a contarle cómo me ha ido.

la escuela. En la hora del recreo he jugado mucho y del árbol que hay en el patio he traído este aguacate para usted.

—¿Y en la clase? ¿Qué hiciste?

—Sólo palotes y círculos. He hecho un montón de garabatos y unos redondeles con el lápiz. La profesora dijo que eran prácticas para luego escribir las letras. Y que soy muy hábil. Me ha prometido que si vuelvo mañana me enseña a escribir «abuelo», así que creo que voy a ir. Sólo mañana, pero voy a ir.

Al día siguiente, a la salida de la escuela, Pepe apareció de nuevo en la plaza, con la carta del abuelo, para que se la leyera el señor Miguel. El hombre leyó todo lo que

estaba escrito, sin cambiar nada. El niño escuchó, puso cara de no entender.

Después dijo:

—Escriba ahí: «eres un viejo loco». Y luego esas cosas del final, igual que me ha hecho él a mí: «Pero... atentamente, tu nieto». ¿Qué quiere decir eso?

—Que puede estar enfadado, a veces, pero que te quiere mucho.

—Entonces póngale lo mismo a él.

El señor Miguel escribió un rato, después preguntó si quería que lo leyera para ver si estaba bien. Y leyó:

Abuelo:

Te quiero mucho, aunque a veces me enfado un

poco y digo que pareces
medio loco. Disculpa.

Un abrazo de tu nieto,
Pepe.

—¡Usted lo ha confundido todo! —exclamó Pepe muy enfadado—. Yo no he pedido disculpas. Quite eso.

El señor Miguel lo borró.

—Y falta lo de «atentamente».

—No he escrito «atentamente», porque he puesto «un abrazo». Queda mejor, cuando escribe un niño a su abuelo.

—¿Entonces por qué me ha escrito él «atentamente»? Yo también quiero...

—Porque él es más viejo, de una época antigua, antes se decía

a b c d e f g h i j k l



así... Y también porque un día recibió una carta donde ponía eso y ha querido repetirlo.

Pepe se quedó admirado:

—¿Mi abuelo recibió una carta con esas cosas? ¿Una carta de quién? ¿Quién escribe esas cosas a mi abuelo?

—No sé. Algún amigo. Puede que el Gobierno.

—¿Y qué quiere el Gobierno de mi abuelo?

—Alguna cosa de la pensión, tal vez...

A Pepe le pareció que ya había preguntado demasiado y se calló. Pero se quedó con la palabra. Si algún día volvía a la escuela iba a preguntársela a la profesora.

El señor Miguel le alargó la carta:
—El sobre es cosa tuya. ¿No dijiste que ibas a aprender a escribir «abuelo»?

—Y lo he aprendido.

—¡Pues entonces, enséñamelo! Pepe se esmeró con los garabatos y los redondeles.

—¡Terminado! —se lo mostró, orgulloso.

Allí estaba: ABUELO.

—Ahora sólo falta que me pagues la carta.

—¿Pagarle?

—Claro. De la misma forma. Ve a la escuela mañana y a la salida ven a contarme lo que hayas aprendido.

Al otro día, cuando Pepe apareció, el señor Miguel ya había leído

su carta al abuelo y le había escrito una respuesta, pero no podía contar cómo era, porque el niño no iba a recibirla hasta que volviera a casa.

Pero el escribidor escuchó con atención al niño contar las nuevas letras y los números que estaba aprendiendo en el colegio. También conversaron sobre la pensión, porque la profesora le había explicado lo que era.

—Mi abuelo está muy cansado, ha trabajado toda la vida, ahora tiene derecho a una pensión —concluyó el niño—. O sea, recibir un dinero para descansar.

—No es sólo eso —respondió el señor Miguel—. Hay que saber si cotizó en su día, es decir, si tenía un empleo y si el patrón y él pagaban

todos los meses para guardar algún dinero para cuando él llegara a viejo.

—Se lo voy a preguntar —dijo Pepe, decidido.

Y cuando llegó a casa, recibió la carta que el señor José había dictado en respuesta. Enseguida reconoció su nombre: PEPE. De la misma forma que lo escribía la profesora. Él todavía no conseguía hacer aquellas letras derechas, pero ya sabía que formaban su nombre. Sin embargo, lo que había dentro, no lo reconocía. Iba a tener que llevárselo al día siguiente al señor Miguel.

Pero para lo de la pensión, no le hacía falta carta. El señor José y él sí podían hablar de eso, de modo que comenzaron a charlar, sin

discutir. Los padres de Pepe estaban asombrados:

—¿Qué le pasa a este niño? Ahora va al colegio todos los días y ya no se pelea con el abuelo...

Al pasar por la plaza, después de clase, Pepe descubrió que la nueva carta del abuelo decía esto:

Querido nieto:

Espero que sigas bien. Yo estoy cansado y lo paso un poco mal con este calor. Yo también te quiero mucho, incluso cuando estoy enfadado. Incluso entonces, te quiero igual. Echo de menos tu ayuda, pero estoy muy contento porque estás yendo al colegio y escribiéndome

a b c d e f g h i k



unas cartas muy bien hechas. Me siento muy orgulloso de mi nieto. Así que dentro de algún tiempo no voy a necesitar más los servicios del señor Miguel. Tú mismo vas a poder ayudarme con unas cartas muy importantes que necesito escribir al Gobierno desde hace muchos años.

Atentamente,
tu abuelo José.

Pepe escuchó y se quedó callado. El señor Miguel preguntó:

—¿Qué vamos a responder?

—Nada.

El escritor se extrañó:

—¿Por qué? ¿Ya no quieres ir a la escuela para pagarme?

Pepe se rió y explicó:

—No, no es nada de eso. Voy a ir a la escuela de todas maneras, porque he entrado en el equipo de fútbol de mi clase y mañana tengo un partido importante. Y también porque la profesora nos está leyendo un libro, un trozo cada día, y quiero saber cómo sigue la historia. Además, tengo que pensar en lo que voy a querer que usted escriba.

Y Pepe lo pensó mucho. Habló con el abuelo, hizo unas preguntas a la profesora.

Al día siguiente, a la salida de la escuela fue a dictar al señor Miguel la nueva carta:

Señor Gobierno:

Mi abuelo ha trabajado toda la vida y está muy cansado. Necesita descansar y ya no puede estar sudando bajo el calor del sol. Necesita sentarse y quedarse mirando al mar, tomando agua de coco y pensando en la vida. O charlando y jugando al dominó con los amigos, debajo de alguno de los árboles que ha plantado. No quiere tener que preocuparse más por el trabajo.

Tiene derecho, ¿sabe? ¿Y sabe otra cosa? Es el mejor jardinero del barrio, venga sólo a ver las flores y los jardines. Pregunte a cualquiera por los jardines del señor José. Pero ahora ya no puede cuidar de las plantas todo el tiempo, hay horas en que prefiere descansar. Y si tengo que ayudarlo yo, acabo no yendo a la escuela.

Quien ha dicho que tiene derecho ha sido mi profesora. Es muy guapa y sabe muchas cosas. Enseña a mucha gente. Puede enseñarle incluso a usted, señor Gobierno. Si usted quiere

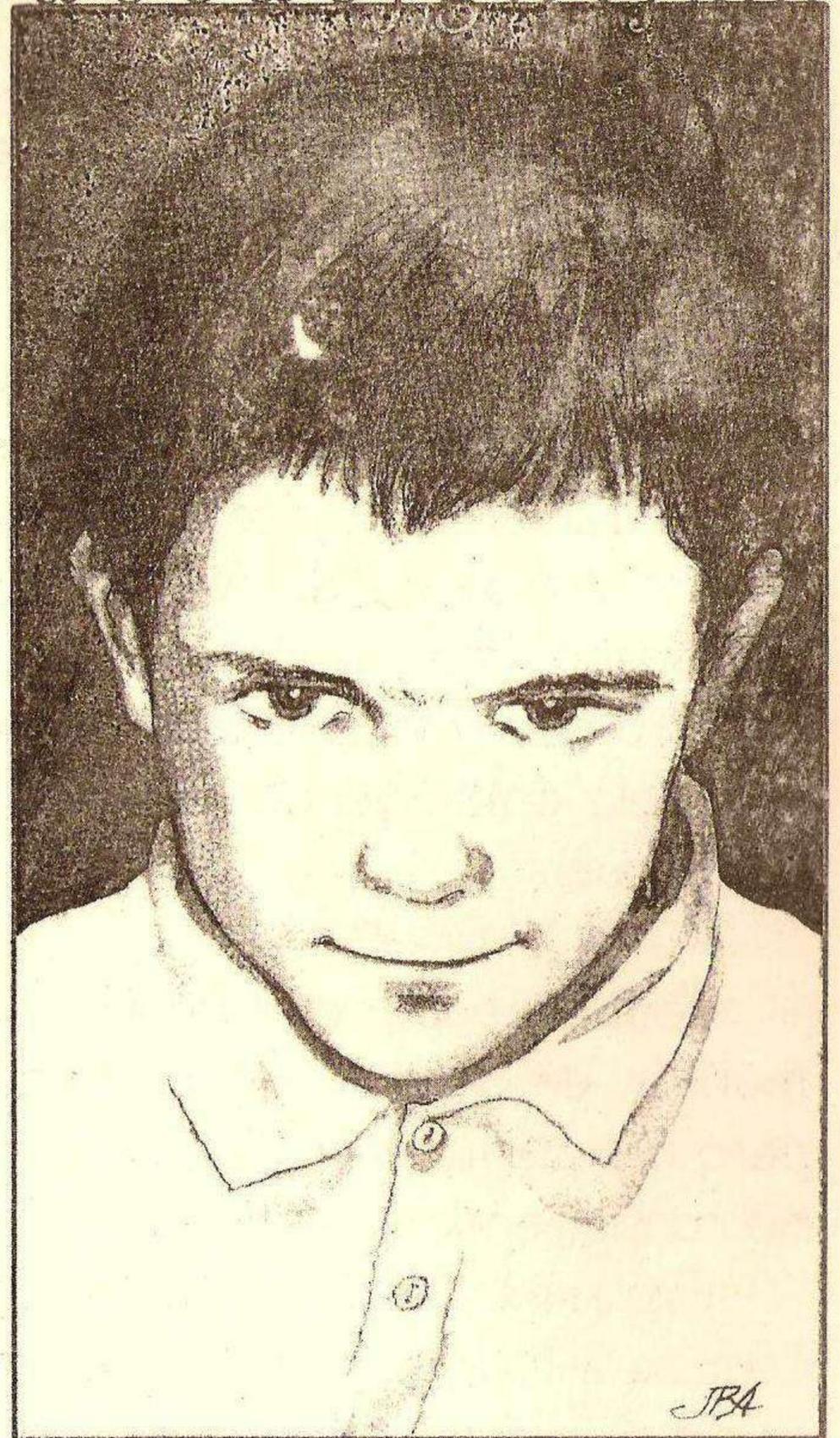
aprender con ella, le voy a explicar: la escuela queda enfrente de la iglesia y todavía hay pupitres vacíos en mi clase. Pero en el equipo de fútbol no hay sitio. Sólo en el banquillo de reserva. Salvo si juega usted muy bien.

Responda enseguida, porque mi abuelo está viejo y ya no puede esperar mucho tiempo.

Atentamente,
Pepe.

El señor Miguel escribió la carta. Aprovechó y mandó otra, suya, en el mismo sobre, explicando al

abcdefghijkl...



personal encargado de los pensionistas algunas cosas que según él faltaban.

Al cabo de unas semanas llegó una respuesta del Gobierno, en la que pedían al señor José que pasara por una oficina de Atención al Ciudadano. Pepe quiso ir con él, pero no quería faltar a la escuela y el abuelo acabó yendo con el señor Miguel.

Todavía hubo que reunir un montón de cartas y documentos, pero finalmente el señor José acabó consiguiendo una pensión.

Estaba muy feliz, claro, tanto que contaba a todo el mundo que era su nieto quien lo había conseguido.

Al poco tiempo, dos amigos suyos vinieron a pedir ayuda a Pepe que, para entonces, ya había aprendido a leer y escribir.

Pepe les ayudó, por supuesto.

Después vinieron otros. Mucha gente lo necesitaba.

Pepe llegó a creer que, cuando creciera, iba a ser escritor.

Pero fue descubriendo otras cosas y teniendo otras ideas.

Pasó el tiempo. Los días se hicieron semanas, las semanas se hicieron meses, los meses se hicieron años. El abuelo consiguió descansar hasta el final de su vida. Inviernos y veranos. Pepe fue creciendo y siguió estudiando. Muchos días, semanas, meses y años.

Pero después no se hizo escritor. Acabó trabajando en la oficina de Atención al Ciudadano, ayudando a las personas que necesitaban pensión y cosas así.

También descubrió que le gusta mucho escribir. Por eso, de vez en cuando, escribe cosas que no son cartas. Mezclando un poco de recuerdos con un toque de invención. Historias. Como esta misma. Quien quiera, que haga lo mismo.

a b c d e f g h i j k...

ANA MARÍA MACHADO

Nace en Río de Janeiro, Brasil, en 1941. Al principio, empezó a estudiar pintura, luego Geografía; sin embargo, no tardó mucho en cambiar de carrera: se matriculó en Letras y realizó un doctorado en Lingüística. Ejerció como profesora universitaria y como periodista. Pero en 1969, se vinculó a *Recreio*, una revista para niños, y ahí se inició como autora de literatura infantil. Desde entonces ha vendido más de cuatro millones de ejemplares de sus libros. En el año 2000 fue galardonada con el Premio Andersen. En los últimos quince años se ha dedicado a la promoción de la lectura, tanto en su país como en el extranjero: participa en innumerables seminarios, congresos y conferencias sobre lectura y literatura infantil.